

El modelo social europeo y las transformaciones derivadas de la presencia estable de inmigrantes

Javier de Lucas

Javier de Lucas es catedrático de Filosofía del Derecho y Filosofía Política (Universitat de València) y en la actualidad director del Colegio de España en París. Es un reconocido experto en temas de derechos humanos, inmigración, globalización y ciudadanía. Ha publicado numerosas obras, entre las que cabe señalar *Europa: ¿convivir con la diferencia?* (Tecnos, 1992), *El desafío de las fronteras* (Temas de Hoy, 1994), *Puertas que se cierran* (Icaria, 1996), *Inmigrantes: ¿cómo los tenemos? Algunos desafíos y (malas) respuestas* (Talasa, 2002) y *Globalización e identidades* (Icaria, 2003).

¿Envejece Europa sin remedio? La mayor parte de los analistas coinciden en advertir que es insostenible el modelo social europeo en las actuales condiciones demográficas: de ahí que se considere imprescindible que entre 2012 y 2050 Europa reciba 50 millones de inmigrantes. Por ejemplo, el Instituto Alemán de Estudios Económicos (IWA) ha reclamado la entrada urgente de 500.000 nuevos inmigrantes en Alemania para apoyar la recuperación del crecimiento económico alemán. Pero, entonces, ¿cómo entender la paradoja de que, mientras se asegura que Europa necesita más inmigrantes, no dejen de avanzar las expresiones políticas de corte neopopulista y xenófobo? Quizá tenga algo que ver con esta contradicción la incapacidad de la izquierda europea que creó el modelo social europeo y hoy carece de un discurso sólido y coherente sobre este punto de inflexión social y político que afrontamos. Un desconcierto al que hay que sumar el hecho de que la derecha europea, la derecha liberal, democrática, se limita a mimetizar a la extrema derecha sobre este asunto. En efecto, por toda Europa corre un antiguo fantasma, ahora modernizado: la espectacular recuperación de las fuerzas de extrema derecha, que tienen en común un paradójico mensaje. De un lado evocan el riesgo de «Eurabia», y alientan el atávico miedo a la desaparición de la «identidad europea» y el menos abstracto pero más pragmático temor a la pérdida del status económico de la clase trabajadora, de las clases populares europeas (su nuevo vivero electoral) golpeadas por la crisis y por la supuesta amenaza desleal de los trabajadores inmigrantes no europeos «que nos invaden para robarnos el trabajo y colapsan y degradan nuestros servicios sociales (la educación, la sanidad)». Pero de otro, esos partidos enarbolan la bandera antieuropea en la típica estrategia de «partidos de la protesta» que buscan su rentabilidad electoral en el caldo de cultivo del desencanto ante el fracaso europeo y por eso claman por abandonar el euro o, pura y simplemente, por abandonar la UE. La pregunta, entonces, es si nos limitaremos a sufrir y tratar de minimizar los daños desde la *nostalgia de los viejos buenos tiempos*, una actitud que Milan Kundera ha identificado como el único rasgo constitutivo de la identidad europea, o si seremos capaces no tanto de sufrir dignamente esta decadencia, como de responder a ella y superarla.

Mi contribución se orienta a argumentar una tesis relativamente sencilla: la presencia asentada en Europa de millones de inmigrantes que son los agentes más visibles del incremento de diversidad social, exige *revisar la noción de contrato social y político que inspira el modelo social europeo*,¹ esa idea que ciertamente se encuentra ya en la *gramática política* de la nueva ciencia, la ciencia política, alumbrada por Maquiavelo y Hobbes y genialmente explicada en los textos de esos *inventos* europeos que son el ensayo y la

1. Aunque se encontrarán suficientes elementos de análisis de ese modelo en otros trabajos de este monográfico, me limitaré a consignar como rasgos la conjugación del libre juego de los mercados con un nivel alto de regulación/intervención por parte de los poderes públicos, lo que se traduce en un elevado gasto público, seguridad social, calidad de vida (vacaciones, permisos por enfermedad y maternidad, jubilación a una edad temprana, etc.).

2. Pienso en el Montaigne del *Ensayo sobre los caníbales*, o el Montesquieu de las *Cartas Persas*, en el Defoe que crea a *Robinson y Viernes*, en el Dickens de *Oliver Twist*, *Tiempos difíciles* y *Grandes esperanzas*. Pienso en los panfletos políticos de Rousseau y Voltaire, pero también en las sátiras políticas de Swift (desde los geniales *Viajes de Gulliver* hasta *Una modesta proposición*), que anticipan a los Kafka, Huxley, Fanon, Camus, Orwell y tantos otros.

3. Sayad, (2006): *L'immigration ou les paradoxes de l'identité*, 2: *Les enfants illégitimes*, Paris, Editions Raisons d'agir.

4. Cole (2000): *Philosophies of Exclusion*, Edinburgh University Press.

5. Balibar (1992): *Les frontières de la démocratie*, París, La Découverte.

novela.² Es cierto que esa necesidad deriva en buena medida de lo que comenzó como crisis financiera y luego se transformó en económica y social, que parece marcar el final de ese modelo (el «modelo social europeo»). Pero también deriva de la nueva realidad demográfica, de la presencia en Europa de una inmigración de asentamiento que, sin embargo, es una «presencia ausente» en los términos en los que la caracterizara Sayad,³ pues esa población está excluida del *demos* europeo –si es que podemos hablar de un *populus* europeo, algo por otro lado cuestionable– hasta el punto de justificar la crítica que Cole enuncia como «estrategia neocolonial»⁴ o Balibar denominaba premonitoriamente «fronteras internas de la democracia».⁵

Por eso, lo que querría plantear en esta intervención es la pertinencia de la pregunta ¿qué contrato social, qué lazo social y político proponemos hoy los europeos a quienes nos escogen como lugar para vivir y trabajar? ¿Debemos modificar ese contrato, los títulos que ofrece? Y el argumento que defenderé es que no parece difícil pronosticar que, como no consolidemos en Europa un espacio público capaz de defender los derechos civiles y laborales como derechos universales, frente a las acometidas de la globalización tecnoeconómica, si no conseguimos ensanchar el título de ciudadanía para visibilizar en el espacio público a quienes *están pero no son*, nuestro modelo no resistirá. Lo cierto es que si bien el modelo de democracia social europea ha sabido integrar una parte de la diversidad social constitutiva (las clases peligrosas, la incorporación al espacio público de las mujeres, el reconocimiento de la necesidad de intervención para garantizar un mínimo de igualdad a grupos vulnerables), no se ha planteado en serio la diversidad social fuerte, la que representa la presencia estable de los no europeos en Europa. Probablemente porque no hemos profundizado en el mejor liberalismo social, el que representa por ejemplo John Stuart Mill, que identificó la diversidad como la mejor riqueza de Europa. Por lo demás, creo, como Heine, que justo en el momento en que hay quienes nos presentan como factor decisivo de declive o incluso de Apocalipsis esa diversidad, desarrollada por la emergencia de las pluralidades ocultas, segregadas, expulsadas, eliminadas y hoy recuperadas (e incrementada por la exógena que nos llega por las migraciones), es cuando la diversidad puede emerger como asidero. No hablo en abstracto del motor de la diversidad que Charles Taylor y Axel Honneth han identificado y explicado en la clave de la *lucha por el reconocimiento*. No son las ideas, solo; son también y sobre todo los hombres y mujeres que luchan por su reconocimiento. Y, en rigor, ello no es una novedad, pues Europa ha sido pionera de esa lucha individual y social por el reconocimiento: la historia del campesinado, luego de los comuneros, de los burgueses, de las minorías religiosas, lingüísticas y nacionales, del movimiento obrero, del feminismo, son buenos testimonios.

Por eso creo que, pese a todo, hay en esa movilidad demográfica motivos para la esperanza, de renovación del proyecto político democrático europeo, que pueden servirse de nuestras viejas instituciones pero también de las redes y movimientos sociales que pugnan por un reconocimiento que no es su *interés particular*, sino que tiene un alcance universalizante. Son agentes en buena medida alimentados por esa sangre joven de los *new comers*, los inmigrantes que revitalizan un continente y un proyecto que será europeo, pero no de los viejos europeos: una nueva geografía espiritual y una nueva gramática moral, jurídica y política. Un proyecto que, sin embargo, no hace *tabula rasa* de sus cimientos, sino que ahonda en ellos: desde los más antiguos, como la primacía de la ley y del derecho

o la laicidad, a los más recientes, como la igualdad en los derechos, la igual libertad de hombres y mujeres. Por eso creo que se impone renunciar a la batalla de la identidad europea que lastra con plomo el debate sobre el futuro de Europa, para recuperar la lucha por la construcción del espacio social y político europeo. Y para ello es preciso ante todo abandonar la *estrategia reaccionaria y defensiva del miedo*, tal y como subyace a fenómenos recientes y cada vez más frecuentes, como el referéndum suizo contra los minaretes, la prohibición francesa del velo en las escuelas, el discurso de Benedicto XVI en Ratisbona, el ascenso de partidos xenófobos en sociedades abiertas como Holanda o Dinamarca, las modificaciones en las leyes de asilo e inmigración, la hostilidad al ingreso de Turquía en la UE, nuestra ausencia de respuesta ante las necesidades de ayuda de las revoluciones democráticas en el mundo árabe y muy significativamente la reaccionaria respuesta ante la crisis de refugiados y emigrantes derivada de esas revoluciones y de las larvadas –o no tanto– guerras civiles en Libia, Siria y quién sabe si en otros países del Mediterráneo.

Se trata de reconocer un mandato imperativo, sí, el de abandonar esa estrategia ensimismada, cuyo resultado es la imagen de una Europa fortaleza, que expulsa y criminaliza a sus inmigrantes y a los que buscan en ella refugio y asilo, cuando su futuro se juega precisamente en gran medida en la capacidad de una refundación europea surgida de la integración mutua de sus poblaciones y de la inmigración de asentamiento –que no sólo de mano de obra provisional– inevitablemente generada por esa necesidad que se ha cifrado en 50 millones de inmigrantes para el año 2050, sin cuya aportación es inviable el modelo social europeo. De otro modo, veremos cumplido eso que no pocos, como Bassets, han denominado el *suicidio europeo*, cuyo caldo de cultivo son *las tensiones y dificultades que sufren sobre todo los más desasistidos*: «desde los suburbios franceses *lepenizados* hasta los parados calabreses que la ‘Ndrangheta manipula, la base social más genuina del populismo y de las pestes negras del signo que sea son siempre los menos favorecidos. Luego está el abono que los hace crecer: ese Estado ausente, corrupto y privatizado. Y una lluvia fina mediática hecha de antiprogresismo, incorrección política y comunitarismo occidental disfrazado de universalismo». Es decir, el abandono del modelo social de distribución equitativa y participación en el espacio público.

El riesgo se hace verosímil en la medida en que se asiente el recurso al miedo como cemento del proyecto de la comunidad política europea. Porque precisamente en un momento clave de la construcción europea como este en el que vivimos, hay dos miedos que vuelven a recorrer y quizá a adueñarse de los europeos.

El primero, el *miedo a ser desnaturalizados, a ser invadidos*, a asistir a un nuevo *rapto de Europa*, pero esta vez en sentido inverso al mito fundacional. Son los otros –los extranjeros, los inmigrantes, los turcos– quienes con su presencia, incluso aunque no estén todavía dentro, sino a las puertas (como en otros momentos fundacionales de Europa), harían visible la inminente amenaza del secuestro de la «verdadera Europa». El ascenso del *Partido de los auténticos finlandeses* o de las expectativas del Front National en Francia y las torpes estrategias del presidente Sarkozy o de Berlusconi así lo muestran.

Pero es también en torno a ese proceso político donde aparece el segundo de los miedos, el clásico *terror a un futuro descrito como incierto o, peor, como caótico*, el miedo utilizado como argumento para acallar la crítica y propiciar la sumisión. Se trata de un viejo recurso del pensamiento conservador, o, más exactamente, reaccionario que pre-

senta todo cambio como un peligro o, en todo caso, advierte que así será, salvo que el cambio venga pilotado por los sabios que conocen el rumbo verdadero. Es decir, las tesis del paternalismo que caracteriza al despotismo ilustrado pero también a las diversas variantes del tecnocratismo.

Con ello se frustraría el debate necesario sobre elementos particularmente decisivos en el proyecto político europeo, como la conjugación entre identidad europea –entendida en clave de modelo social y político, insisto– y reconocimiento de la diversidad cultural, algo que, como ya he sugerido, sólo es posible si apostamos en serio por una vía de salida del *cul de sac* de la identidad, que podría haberse propuesto a los europeos (pero no solo) mediante un nuevo concepto de ciudadanía, abierta, inclusiva, plural, aprovechando la definición normativa de ciudadanía europea que ofrecen los Tratados. Una vía que supere el estrecho marco de la ciudadanía como título de pertenencia (a la par que título de atribución de derechos y deberes, y título de soberanía), ligado a las comunidades políticas que son los Estados nacionales. Porque sucede que el decaimiento, si no el fracaso, de esa herramienta de reconocimiento de la identidad que son los Estados nacionales, en profunda crisis en el contexto del proceso de globalización, pone en cuestión la eficacia de ese modo de construir el vínculo social y político que era, que es, la ciudadanía estatal nacional como status de los miembros de esas comunidades políticas, como título de reconocimiento del *nosotros* propio de cada uno de los Estados-nación. Un fracaso ligado a la quiebra del presupuesto de homogeneidad cultural y social de esas comunidades. Y la enésima repetición del debate acerca de qué es España, qué somos los españoles, a la que asistimos también hoy, es un buen botón de muestra de todo lo anterior.

Pero, de otro lado, el retorno a las comunidades primarias –naciones, grupos etnoculturales incluso en su versión más simple (lengua, raza), o comunidades religiosas– no parece la respuesta adecuada y suficiente frente a esa crisis, por más que se trate del camino que muchos recorren, y no solo en lo que llamamos tercer mundo: baste pensar en la fuerza de las comunidades fundamentalistas de «cristianos renacidos» en los EEUU. Volver a religar ciudadanía e identidad nacional o etnocultural, en detrimento del equilibrio entre las tres dimensiones de la ciudadanía (título de pertenencia/identidad, de sujeto de derechos y de soberanía) no es la solución. Hay que superar, como han explicado Ralf Dahrendorf o Ulrich Beck, el marco estatal-nacional como espacio exclusivo de la democracia.

UN «SUPLEMENTO DE ALMA» PARA LA IDENTIDAD EUROPEA

Creo que lo que nos pasa hoy a los europeos puede expresarse así: los europeos estamos a la búsqueda de una especie de «suplemento de alma» para nuestra identidad. Porque es verdad que se nos ha dicho que debemos dar un paso más para avanzar hacia la construcción de la comunidad política, que trascienda la condición del mercado común en el que todos jugamos ya como consumidores. Pero ¿cómo dar ese paso que parece un salto? ¿qué es lo que puede hacernos conscientes de compartir una misma comunidad política? ¿cuál puede ser el criterio de mutuo reconocimiento como *nosotros*, europeos? Soy de la opinión de que la razón de nuestra incapacidad para dar respuesta eficaz a esas preguntas, que ahora ya no son meras especulaciones teóricas sino que han adquirido la acuciante condición de requisitos de un proyecto práctico, reside en la fijación en una noción de identidad que parece a su vez remitir, en la mayor parte de las opiniones

expresadas sobre el particular, una cuestión de identidad cultural, de *identidad cultural europea*, claro está.

Ya sabemos que la referencia de sentido es una de las funciones básicas de la cultura como identidad, como nos recuerda, por ejemplo, el filósofo mexicano Luis Villoro⁶. Sabemos que entre las funciones atribuidas a la identidad cultural se encuentra también la de proporcionar integración, cohesión social.⁷ Sin la capacidad de construcción del imaginario colectivo que proporciona la cultura no puede existir la comunidad social ni, *a fortiori*, la comunidad política. Precisamente por ello la cultura, la identidad cultural, parece el cimiento apropiado para asegurar legitimidad de un proyecto político, máxime cuando, como sucede en el caso europeo, este tiene un déficit de adhesión (no digamos nada si pensamos en la ilusión, en el entusiasmo) ciudadana. Todo ello explica que hayamos vuelto la mirada al mito de Europa como *tierra prometida* para satisfacer esas necesidades de sentido y de cohesión sin las que el proyecto político europeo parece inviable. Por eso se explicaría la insistencia en la identidad europea, al menos como *Ersatzidentität* para sustituir, para llenar ese vacío provocado por la crisis de la identidad social construida en clave estatal-nacional. La identidad europea sería así el paso «natural» hacia el que nos conduciría la necesidad de superar el decaimiento de las viejas identidades nacionales, heridas de muerte según el diagnóstico de quienes, como Habermas, sostienen que habríamos pasado a un nuevo estadio, el de las identidades postnacionales. Nuestro problema es que la identidad europea no llegue a adquirir entidad propia, sino que se quede en ese carácter vicario. Lo que quiero decir es que el riesgo de la apuesta consiste precisamente en que la necesidad e incluso la urgencia de una identidad de sustitución de las identidades que hoy existen en lo que es Europa, no sea suficiente para que exista como tal esa nueva identidad europea. Me apresuro a precisar que con ello no me sitúo en una posición reificadora o esencialista a propósito del debate sobre las identidades. La tesis que aquí sostengo no promueve la búsqueda de una identidad esencial europea como un objeto real, existente aunque más o menos difícil de hallar. Parto de la convicción de que las identidades se construyen o, si se prefiere, que existen diferentes modelos de procesos sociales de identificación. Admito también que una de las razones de esa construcción, incluso el argumento más fuerte, es la necesidad. Por tanto, no trato de negar –lo que postulo es precisamente lo contrario, como se verá– que podamos construir esa identidad. Ese es precisamente el núcleo de mi propuesta, construir un determinado modelo de identidad europea. Pero la cuestión consiste en esclarecer el cómo y el para qué. Sí, en buena medida, una *cuestión de método*.

Lo que sucede es que, quizá urgidos por la necesidad, nos hemos abandonado demasiado fácilmente a la tentación del miedo y hemos optado por la ilusión de proponer la existencia de una identidad europea presentada casi en términos esencialistas. Creo que la mayor parte de las formulaciones de esa identidad inciden en ese error, por no decir en ese prejuicio. Y hablo de prejuicio en el mismo sentido en el que Kundera se refiere a esas propuestas calificándolas, como veremos después, como una suerte de giro nostálgico. Un giro nostálgico que, a falta de otra respuesta consistente, parece optar por construir la identidad europea mediante la conocida vía negativa, es decir, recurriendo a mostrar lo que no es la identidad cultural europea. Por eso, también, la importancia del miedo a la hora de formular semejante propuesta.

6. Villoro, L., *Estado plural, pluralidad de culturas*, México, FCE, 1998, págs. 100 y ss.

7. Sobre ello, cfr. por ejemplo el libro del antropólogo italiano Manconi, *L'elefante invisibile*.

En ese planteamiento se olvida una advertencia que recordaba recientemente Claude Lévi-Strauss, en una entrevista a propósito de la concesión del Premio Internacional Catalunya: «Lo que llamamos pensamiento europeo, nuestra civilización, es el fruto de aportaciones que vienen de otras latitudes, que son el resultado del contacto entre los distintos pueblos y culturas del continente pero también de nuestros viajes. Europa siempre ha sido un continente mestizo, por emplear el mismo término. La gran diferencia que hemos visto en el siglo xx es la aceleración de la comunicación. Viajamos más deprisa, lo que antes necesitaba semanas o meses de barco ahora se recorre en unas pocas horas, pero también es cierto que antes salías de un puerto comercial de una vieja ciudad muy activa para llegar a otro de un mundo en construcción, mientras que ahora despegas de un aeropuerto y aterrizas en otro casi idéntico. El mestizaje, la fusión, necesita tiempo, madurar, pero la extraordinaria aceleración del siglo xx no deja tiempo para asimilar las influencias del otro».⁸

8. Entrevista en *El País, Babelia*, 9 de mayo de 2005.

Algunos parecen iluminados por el hallazgo: sí, la identidad europea, como identidad de identidades, plural a la par que inclusiva, sería la vía ansiada. Pero me temo que, de momento, hemos dado un salto en el vacío, pues no creo que sea nada fácil probar que hay tal identidad cultural europea y tampoco una identidad que provenga de un *demos* europeo. No se avizora en el horizonte próximo esa identidad política europea, porque ese *demos* aún está muy lejos de constituirse y los europeos como sujetos de ese *demos*, como ciudadanos en esa triple acepción mencionada (al menos como sujetos de la soberanía, pero creo que tampoco como titulares de la pertenencia y como sujetos plenos de derechos) no comparecen aún.

Trataré de concretar mi propósito. Se trata de insistir en la necesidad de avanzar hacia Europa como una comunidad política, en un nuevo sentido: hacer de Europa de la UE, una *comunidad-red*, no una comunidad cerrada que mimetice el modelo del Estado nacional. Pese a las evidencias en sentido contrario, aún creo posible y sobre todo necesario construir la Europa política. Y para ello, lo reconozco, es imprescindible contar con el elemento de cohesión de la comunidad política que es la identidad. Por tanto, necesidad de una identidad europea. Pero no creo que debamos tratar de encontrar esa identidad mediante el recurso arqueológico que nos conduce a las fuentes culturales de Europa. A mi juicio, estamos ante un ejemplo particularmente claro de las identidades-proyecto, de los procesos de identificación contruidos en torno a la negociación y al acuerdo que se expresan en la formulación de unos valores y reglas de juego políticos. Por eso, no sólo no quiero ignorar ni menospreciar la importancia de una Constitución para los europeos. Al contrario: la creo necesaria y aun decisiva, porque a mi juicio solo esa Constitución puede crear el *demos* europeo, que no nacerá de la dimensión cultural/identitaria, de un *ethnos* que no existe, y que no puede construirse como se pretende a partir del mestizaje de la diversidad de los *ethnoi* de los europeos.

A la luz de todo lo anterior, creo que necesitamos un proyecto, un elemento normativo (jurídico y político) que traduzca un determinado proyecto social capaz de suscitar la adhesión de los europeos y, así, crear una identidad europea. Y, como argumentaré más adelante, creo que el alma de ese proyecto es, paradójicamente, lo que denominaré un *no-lugar europeo*, porque lo que a mi juicio le da sentido a la identidad europea no

es tanto la idea de recuperar y mantener la *Europa de los europeos*, sino el proyecto de construir y ofrecer un lugar de Europa en el mundo, su proyección en el exterior.

Dicho de otra manera, creo que la respuesta a la identidad europea no se encuentra tanto en las raíces de Europa (convertidas en universales que no puede pretender propios, exclusivos ni aun específicos), como en su apertura y su función en el mundo. Europa entendida sobre todo como *mediador evanescente*, de acuerdo con la propuesta que ha hecho Balibar, parafraseando a Jameson. Dar cuerpo a esa función es el método –y la finalidad– que permitirá construir una identidad europea que genere la ilusión por el nosotros europeo, que dinamice y motive la aspiración a construir Europa y a pertenecer a ella.

EL SUEÑO EUROPEO Y EL FUTURO DE LA DEMOCRACIA PLURAL E INCLUSIVA

Quisiera insistir aún en otra advertencia que, a mi juicio, es de la mayor importancia en el terreno pragmático, y no solo en el académico. No me gustaría que, paradójicamente, la insistencia en denunciar ese error de buscar la identidad donde no se puede encontrar, pueda desviar nuestra atención de otro error, a mi juicio, muy grave, puesto que constituye algo así como la *mainstream* del proyecto político europeo. Me refiero a una tesis que tiene mucho que ver con una advertencia enunciada con su habitual agudeza por Ulrich Beck. El sociólogo alemán coincide con una parte importante del elogio de Rifkin al sueño europeo, pero advierte que el problema consiste en que nos hemos quedado con la tesis de la superioridad de nuestro sueño respecto al sueño americano de 1776, pero no hemos reparado suficiente en por qué lo es, o, para ser más exactos, en las razones que podrían hacer del sueño europeo una etapa de progreso en el proyecto que se puso en marcha con la revolución de 1776.

Democracia significa isocracia, isonomía e isegoría. Democracia es igual libertad de todos los ciudadanos. Si la democracia ha de sobrevivir, como en otras ocasiones, debe superar los desafíos que entrañan las enormes transformaciones sociales a las que asistimos: por eso las instituciones e incluso los modelos democráticos varían de Pericles a Cicerón, de Jefferson o Condorcet a Roosevelt y Churchill. La pregunta es si sigue siendo posible ese ideal de democracia, cuando han desaparecido buena parte de los supuestos sociales en los que se asentaban de las democracias del siglo pasado. En nuestro caso, en el siglo XXI, las condiciones en las que debe asentarse la democracia remiten a las características del proceso de globalización, a la sociedad global, y a la creciente visibilidad de la pluralidad social y cultural, de la que forman parte importante los inmigrantes que no solo se han asentado establemente (aunque con la *presencia ausente* que ya evoqué), sino que no dejarán de llegar, aunque los movimientos se hayan ralentizado en la etapa más dura de la crisis. Creo que hay dos razones que pueden justificar la presentación del sueño europeo como ese paso superior. El problema es que una de ellas está en riesgo de desaparición. Y la otra, por el momento, es un desideratum. Una y otra tienen que ver con las condiciones de pervivencia del sueño de la democracia. Porque de eso se trata, no tanto de si el proyecto europeo encarna un modelo de Estado o de superación del Estado, cuanto si reúne los requisitos para que la democracia subsista y se fortalezca en condiciones muy distintas de aquellas que hicieron posible sus florecimiento en las ciudades griegas, en la república romana, en los Estados nacionales del siglo XIX y XX.

Como digo, a mi juicio hay dos elementos que pueden servirnos de test para responder y los dos tienen que ver con las características del sueño europeo. El primero es la extensión de la igualdad, de los instrumentos que hacen posible universalizar una igualdad entendida no como uniformidad simplificadora, sino como igualdad compleja, que no ahoga sino que reconoce la pluralidad. Hablamos en este caso de las condiciones del modelo social y político propios de la democracia plural e inclusiva. El segundo, la capacidad de crear instituciones globales para mantener los principios y reglas de juego del Estado de derecho y de la democracia. Hablamos en este caso de las condiciones de la democracia global, de la democracia del mundo.

La primera de esas razones de la preferibilidad del sueño europeo, por tanto, nos remite a uno de los tópicos más repetidos cuando se habla de la especificidad del modelo europeo. Me refiero al manoseado «modelo social europeo» que algunos explican mediante la conocida distinción propuesta por Michel Albert entre capitalismo renano y capitalismo anglonorteamericano. Se trata de una propuesta bien conocida, como no menos conocido es el debate en torno a la crisis del capitalismo renano, de la experiencia de puesta en práctica del modelo de Estado del bienestar (porque hablar de Estado social es apuntar a modelos respecto a los que no existen experiencias), que el neoliberalismo considera acabado y respecto al cual se han ensayado, como es notorio, terceras vías –en el Reino Unido de Blair– o simplemente se procede a su demolición controlada –en la Alemania reunificada de Schröder–. Buena parte del debate en torno al modelo político europeo que proponía el Tratado constitucional se debió a las discrepancias en torno al abandono o reformulación del modelo social europeo, tal y como se formulaba no tanto en la primera parte del Tratado como en la tercera.

Sin embargo, creo que la razón profunda de la discrepancia va más allá de lo que nos suelen explicar las teorías formuladas por los economistas sobre las falencias de un modelo y la aparente racionalidad indefectible de otro. No dudo de la importancia de la concreción de las condiciones y viabilidad de una economía social de mercado (en todo caso cada vez más de mercado que social), pero a mi juicio lo decisivo es las posibilidades de profundización en la propuesta democrática que se inicia con el sueño democrático de los revolucionarios de 1776, que apuestan por una democracia que tiene más que ver con el ideal republicano de Roma que con la democracia de la polis griega. Y a mi juicio lo decisivo es el papel de los agentes del proceso democrático, el reconocimiento de la condición de sujetos de la democracia entendida como actividad, y no tanto como edificio o juego de poderes institucionales. Lo importante es quiénes –cuántos y cómo– pueden participar en el día a día de la democracia. Y las limitaciones de la respuesta explican a mi juicio el déficit democrático y la distancia entre instituciones políticas y ciudadanía. Es ahí donde la cacareada política de integración de los inmigrantes se muestra retórica, porque no se concibe la integración política, su visibilidad como agentes del espacio público y no se adoptan iniciativas ni medidas a ese respecto. Y así, para buena parte de los inmigrantes que nos eligen para realizar su sueño (en paralelo con el relato de quienes emigraron a América como tierra que haría posible sus sueños), no hay tal sueño... sino pesadilla.

Precisamente por eso, creo que las condiciones que permiten mantener la preferibilidad del modelo europeo tienen bastante que ver con las razones del fracaso de la vía revolucionaria emprendida por los colonos americanos de 1776. El modelo europeo sería

más inclusivo, por más abierto a la igualdad de quienes se supone deben ser los sujetos del espacio público. El problema es que eso está lejos de verificarse e incluso es difícil seguir hablando del sueño europeo, cuando para quienes llegan a Europa se torna en pesadilla de persecución y cierre y para quienes están fuera, solo se percibe una retórica con escaso compromiso (pese a que haya que seguir recordando que la UE es el primer agente global de Cooperación al Desarrollo).

Pero al mismo tiempo quisiera insistir en que, si nos decidimos por responder en términos de esta otra *identidad europea*, creo que no sólo podríamos construirla, sino que ese proyecto haría del sueño europeo un avance significativo. Pero, lo reiteraré, ha de hacerse abriendo Europa paradójicamente como un lugar y una misión no europeos, porque *ad intra* ensancha Europa a los no europeos y *ad extra* se realiza en, pero sobre todo *fuera* de Europa, porque se trataría de tomar en serio de una vez el papel de Europa en el mundo. Por eso tal identidad no ha de buscarse en la dimensión etno-cultural, sino en la jurídico-política que hace posible a su vez ese modelo social y económico europeo, clave para hacer de Europa un actor global, un mediador no evanescente, sino sólido. Coincido, pues, con quienes, como Rifkin y con mayor claridad Beck, subrayan que si el sueño europeo puede aspirar a ser superior es porque resulta más adecuado para el proyecto de *democracia global*, que es el que necesita la sociedad global, tal y como señalaba recientemente David Held.⁹

Al menos como etapa, el proyecto europeo podría haber sido (quizá aún se esté a tiempo) un paso adecuado para garantizar instituciones que contribuyan a *gobernar el proceso de globalización*, someterlo a las reglas del Estado de Derecho y de la democracia. Porque hacer posible ese otro sueño, el de la democracia global, requiere superar el hegeliano límite del Estado nacional como comunidad política superior, sus exigencias, sus principios, su lógica. Y esta es la cuestión que parecen no advertir en buena medida nuestros Gobiernos, nuestros representantes europeos. ■

9. Cfr. su *Comunidades de destino*, Taurus, Madrid, 2005. Held persigue los elementos de lo que él sostiene como una «agenda para la socialdemocracia global», partiendo del hecho incontestable de que la aparición de problemas sistémicos globales requiere respuestas concertadas de carácter, como mínimo, multilateral. Eso requeriría, entre otros elementos, una suerte de «ciudadanía mundial», a la que muchos se han referido y aún no se ha sabido concretar.